

## **El movimiento social por la educación en Chile: los límites de la política, movimiento societal y hegemonía**

**Leandro Sanhueza Huenupi<sup>1</sup>**

### **Resumen**

El 2011 signa un antes y un después con respecto a los movimientos sociales en varias partes del globo, especialmente en Latinoamérica. Así, el movimiento educacional chileno del 2011 es sintomático de tal momento, donde sus repercusiones aún se mantienen. A partir de este movimiento, se dispondrá de ciertas nociones teóricas correspondientes a pensadores como Pierre Bourdieu, Alain Touraine y Ernesto Laclau. De este modo, se abordarán las prácticas sociales y la relacionalidad; los movimientos societales y la forma de gobernabilidad; y la relación entre particular y universal y la hegemonía. Precisamente, armados con ello, abordar el fenómeno del movimiento estudiantil, la violencia, los límites del sistema político y su relación con el mercado; la caracterización del movimiento social, el conflicto que deleva y la amplitud de su lucha.

### **El 2011: el antes y el después de los movimientos sociales**

Lo que el año 2011 suscitó nuestra atención, en el contexto propio de un mundo globalizado, es un resurgimiento de las luchas, de acciones colectivas y movimientos sociales por varias partes del mundo y en nuestra América Latina. Y fue digna de atención, en general, por dos razones concernientes con el surgimiento de la llamada mundialización. Primeramente estos movimientos rompieron con una visión en extremo pesimista y entreguista de los partidos políticos –de izquierda a derecha- y de los gobiernos latinoamericanos en considerar la globalización capitalista como el único camino y visión, sin miramientos alternativos, enquistándose en una actitud adaptacionista de los cambios que se imponían. En segundo lugar, la crisis capitalista en términos económicos, políticos y culturales se hace sentir, hoy por hoy, en todo el globo, tanto en oriente como en occidente y se encarna, efectivamente, en los movimientos y conflictos sociales. Y si bien los movimientos tienen diferentes actores, demandas y exigencias específicas en todas partes (Bolivia, Chile, Brasil, Estados Unidos, Grecia, España, etc.), resulta interesante enmarcar las luchas entorno a la crisis capitalista global, o más bien, en la crisis de legitimidad que este modelo gozaba.

Las orientaciones de los movimientos, como se indicó, no son por completo asimilables en una u otra latitud. Así, el cambio epocal de una modernidad estallada a una segunda modernidad o postindustrial se distancia, sólo por nombrar dos aspectos, por una

---

<sup>1</sup> Estudiante de sociología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, Chile. Correo electrónico: leandro.sanhueza@live.com

forma concreta de los movimientos y su específica relación con los partidos políticos (desde una correspondencia entre clase o estrato social con “un” partido político específico, a una situación donde la representatividad está en cuestionamiento a la orden del día y, cuestión no menor, de la legitimidad misma de la capacidad de representación de los partidos), y además, por una centralidad de un determinado actor en las luchas y de problemas socio-económicos que le concernían –el movimiento obrero- a una explosión de actores que responden a diferentes acciones y orientaciones, tanto sociales, económicas, culturales e identitarias. Los movimientos sociales actuales no encuentran ya su base teórica y cognitiva en el historicismo (en su vertiente marxista, por ejemplo) en una naturaleza humana sesgada por tropos que obnubilan lo real de su proyecto político. Sin embargo, si bien ya no existe esta comprensión de una respectiva univocidad entre actores y proyecto o misión histórica, lo cierto es que al ser diversos los actores, lo son también las orientaciones y los fines.

Precedentemente, en la modernidad clásica, al existir un proyecto y movimiento particular, la estrategia política era para todos similar o, cuando menos, la estrategia apuntaba a un fin particular y las lecturas venían todas, aunque distintas, de un tronco común, lo que le daba cierta fortaleza y solidez a cualquier proyecto local en tanto que responde a uno más amplio, sea continental, global o, “naturalmente”, universal (sin omitir, lo que esto significó, para los individuos de a pie comunes y corrientes: identidades culturales borradas en nombre de una imposición, en nombre de una categoría económica; gobiernos despóticos y totalitarios; etc.). Al ser más amplia la baraja de movimientos, los proyectos también son distintos. Frente a esto, cabe evidenciar que no es que los movimientos no tengan ya finalidades, porque de hecho en cada movimiento se plantean fines y estrategias, eso es concreto. Lo que se quiere decir, es que la orientación de la acción, a partir de diferentes movimientos, ya no responde a una lectura exclusiva de la realidad (historicismo, marxismo, liberalismo, etc.) ni a un fin que los unifique (el socialismo, la nación, por ejemplo). Lo que genera, por cierto, incertidumbre y ambigüedad, pero que, por otro lado, abre un espacio político a la creatividad de proyectos, como posibilidad histórico-social, como nunca antes se había dado.

Ya sea en el 2011 por razones políticas, o en el 2008 por razones económicas, lo cierto es que el neoliberalismo no se erige con el mismo consenso tácito de antaño. La impronta de las luchas sociales del 2011 fue evidencia de aquello. Aquel año significó un antes y un después para el desenvolvimiento de las sociedades y la formas de entender la política. En España y Grecia las crisis económicas significaron una ruptura política y social. En España

fue patente la fuerza del movimiento social “15-M”, y luego el intento de rearticular tal fuerza en términos políticos en Podemos (nuevo partido político de izquierda), logrando imponerse a la par y en tensión al Partido Popular y al Partido Socialista Obrero Español (la derecha y la centro-izquierda). Algo similar ha ocurrido con Syriza (la Coalición de la Izquierda Radical), llegando a constituirse en el gobierno de turno en Grecia. En nuestra América la situación ha sido similar, aunque no alejada de convulsiones políticas, como en Venezuela, Ecuador y Bolivia. No obstante, en Chile las masivas protestas del 2011 tuvieron una resolución distinta, aunque no de menor importancia. La demanda estudiantil (la educación pública, gratuita y de calidad) se instaló en la sociedad, generando repercusiones en acciones colectivas hasta hoy, llegando incluso a tener una centralidad gravitante en la agenda de gobierno de la actual presidenta Michelle Bachelet. No omitiendo, que varios ex-dirigentes estudiantiles llegaron a ocupar escaños en el Congreso (Camila Vallejos, Giorgio Jackson y Gabriel Boric).

Bajo este marco amplio, aunque no impreciso, se enmarcan las renovadas luchas y los nuevos movimientos sociales de Latinoamérica y Chile. Ahora bien, el objetivo de este ensayo es intentar describir cuales son las formas políticas, el carácter y la amplitud del movimiento por la educación en Chile y a lo que se enfrenta, con qué elementos debe de lidiar. Para analizar este tema se tomaran ciertos elementos teóricos, principalmente de tres autores: Pierre Bourdieu, Alain Touraine y Ernesto Laclau. Desde el primer autor se hará alusión a ciertas nociones como el *habitus*, las prácticas sociales y la relacionalidad. Con Touraine se seguirá el planteamiento respecto a los movimientos sociales y los límites del sistema político. Y con Laclau, la relación de lo particular y lo universal y la composición hegemónica. Además, se aludirá a otros autores, secundariamente, para enriquecer el análisis.

### **Acerca del movimiento estudiantil chileno del 2011**

Primeramente es necesario establecer ciertos elementos descriptivos, propios de la historicidad del movimiento estudiantil. La especificidad del movimiento por la educación es, efectivamente, que este se hace patente en el 2011, con una masividad nunca antes vista desde la vuelta a la democracia (Garcés, 2011). No obstante, la inscripción histórica de los movimientos sociales en general, y del estudiantil en particular, tiene su genealogía desde hace más de 30 años.

Durante la década de los 90, los movimientos sociales perdieron su centralidad en relación con los 80, década de fuertes y multitudinarias protestas a nivel nacional contra el régimen dictatorial de Augusto Pinochet. En los 90 la coalición de gobierno (la Concertación

de Partidos por la Democracia) desplazó a los movimientos y cualquier tipo de conflictividad social en nombre de la “estabilidad democrática” (Garretón, 2012). La década del fin de siglo XX fue particularmente oscura para la búsqueda de alternativas políticas. La desarticulación de poderosos movimientos (trabajadores, estudiantiles, poblacionales, entre otros) signo aquel periodo, a lo cual, en conjunto con el desplazamiento de las luchas, también se hizo patente la cooptación de liderazgos de los organismos sociales por parte de la coalición en el poder (Moyano, 2012).

Este desenvolvimiento de la política se podría denominar, según la tesis del sociólogo chileno Tomás Moulian (1998: 145), como “transformismo político”. Básicamente, el momento en el que el modelo económico neoliberal desplaza sus rígidas, dictatoriales y autoritarias “superestructuras” para erigirse en un modelo democrático, dejando intocadas las estructuras institucionales básicas (como la misma Constitución Política de la República) y los “avances modernizadores” del modelo (entiéndase “privatizadores”). O, como indica Manuel Antonio Garretón (2012: 181-187), de “enclaves autoritarios”, específicamente las herencias de la Dictadura y las que emergen en el periodo democrático, las cuales funcionan como amarres o mecanismos de contención de las posibilidades de transformaciones democráticas más profundas: la hegemonía del mercado neoliberal, la desigualdad socio-económica y el carácter subsidiario del Estado, la institucionalidad política y la democracia limitada.

No obstante, la rearticulación del movimiento estudiantil (secundarios y universitarios) se hace presente desde fines de los 90. La organización de los estudiantes, si bien no con la misma fuerza, comienza a edificarse nuevamente. Por una parte, entrado el nuevo milenio, los estudiantes secundarios se movilizan por cuestiones relativas al pase escolar (tarjeta que establece rebajas a la locomoción colectiva) y la regulación por parte de la institucionalidad pública (el famoso “Mochilazo” del 2003); y luego en el 2006 reaparecen en la famosa “Revolución Pingüina”, donde las principales demandas cruzaban por la gratuidad de la PSU (Prueba de Selección Universitaria), la gratuidad del pase escolar y la locomoción colectiva, reformas a la JEC (Jornada Escolar Completa), la LOCE (Ley Orgánica Constitucional de Educación, ley de amarre educativa herencia de la Dictadura), entre otras exigencias. Mientras que, por su parte, los universitarios inician reorganizándose en el Confech (Confederación de los Estudiantes de Chile), donde las demandas transitaban, en su gran mayoría, por los mecanismos de financiamiento estatal hacia las universidades (como lo será el Fondo

Solidario). Precisamente, en el año 2011, es donde estos distintos esfuerzos se hacen presentes en las movilizaciones.

El movimiento se inserta en un clima político complejo. La Concertación (alianza de centro-izquierda) consecutivamente irá perdiendo legitimidad como coalición gobernante, lo que deja como saldo en el 2010 la asunción en el gobierno a la Alianza por Chile (alianza de centro-derecha), asumiendo como presidente el empresario Sebastián Piñera (Durán, 2012). Este alcance es crucial, en la medida de que los protestantes no tenían punto alguno en común con la nueva administración –lo que, evidentemente, dificultara una salida positiva al conflicto. De esta manera, los estudiantes se hacen sentir bajo la bandera de la Confech, llegando a movilizar en abril a más de 10 mil estudiantes bajo un “Petitorio Nacional Único” (Urra, 2012). Tal petitorio, si bien cuestionaba el modelo privado y precarización de la educación pública, no hacía manifiesta la demanda que posteriormente se hará unitaria entre los estudiantes secundarios y universitarios y que luego abarcará a otros sectores (como los trabajadores y el profesorado) (Mayol et al., 2011: 14-15). La demanda que va adquiriendo fuerza y consistencia será la de “educación pública, gratuita y de calidad”. En mayo se reiterará la fuerza de la protesta, llegando a un número de 50 mil movilizados a nivel nacional (Urra, 2012). Luego, en el mismo mes, se convocará a un paro nacional, donde se congregaran más de 30 mil personas (Urra, 2012). Posteriormente en junio se llamara nuevamente a las calles, con un número similar al anterior (bordeando entre los 50 y 80 mil asistentes), y en donde a fines de este mes, aparecen más de 200 mil manifestantes sólo en la capital, bajo el llamamiento del Confech y el Colegio de Profesores (organismo histórico del gremio de profesores) (Mayol et al., 2011: 19). Estas movilizaciones masivas marcarán la tónica de las protestas, llegando a su *peak* durante las semanas de agosto y luego con la concentración del 21 de aquel mes en el principal parque central capitalino (Parque O’Higgins), alcanzando un número no menor de 500 mil personas. Lo que se replicará en el paro nacional convocado por la Confech y la CUT (Central Unitaria de Trabajadores) el 24 y 25 del mismo mes (Urra, 2012). Así será el ritmo y la masividad de las protestas durante este primer semestre, bajando considerablemente en el segundo. Aparte de las multitudinarias protestas, aquí ya tomara fuerza la demanda por la “educación pública, gratuita y de calidad” y un cuestionamiento al “lucro en la educación” (Mayol et al., 2011: 22-23). Lo que da cuenta de cambios cualitativos en las demandas, en sus alcances y las transformaciones ideológicas que conlleva, sobre todo en una sociedad de derechos sociales precarizados y en donde la lógica mercantil abraza, en gran medida, los espacios más cotidianos de la vida (Lechner, 1997).

No obstante, además de la confluencia de centenares de asistentes, la movilización arrastra tras de sí a varios actores (profesores, trabajadores públicos, a la CUT), llegando a generar un marco de movilización y de transformación de sentidos propios de un modelo. A su vez, las protestas mutaban, alejándose de imaginarios militantes y rígidos y acercándose a las redes sociales (un soporte crucial en las protestas), invitando a familias y al ciudadano común, y utilizando diferentes formas de creatividad colectiva (festivales, *flashmobs*, *performance*, etcétera). En efecto, las movilizaciones se caracterizaron por su novedad, las altas convocatorias y la amplitud y pluralidad de la apertura de los asistentes. Aunque, hay que resaltar, uno de los elementos de desprestigio mediático de la protesta será, como siempre, la violencia callejera, nodo problemático que tensiona no sólo el apoyo de la opinión pública, sino que también a los mismos movilizados.

A partir de este último punto, es posible rastrear –como apuesta de análisis- los límites del sistema político, de la democracia y de la constitución misma de los movimientos sociales. Efectivamente, la violencia, altamente denostada por la prensa y la opinión pública, refleja más que una división interna del movimiento. Por esta razón, más allá de seguir los discursos oficiales explícitos de los dirigentes estudiantiles, bien cabe abordar una perspectiva de análisis distinta, centrada –parcialmente- en la violencia. En la medida en que esta refleja las posibilidades mismas de una demanda en la coyuntura, cuya especificidad se sostiene en un modelo político y económico, en una forma particular de edificación de la sociedad y sus resistencias.

### **La violencia y los límites de la política**

Para los medios de comunicación (entiéndase los principales: prensa, televisión, diarios, radios) la violencia callejera es lisa y llanamente violencia sin sentido, vacío de cualquier contenido político. Por lo general, la forma más interesante de poder “despolitizar” esto era bajo una denuncia continua vía medios de comunicación y en las formas de denostarlo en los medios, como “violentistas” y “encapuchados”. Los que aluden al encapuchado y a la violencia cambian la dirección de uno de los principios de la violencia en las calles, que no es la violencia propiamente tal, es la demostración de un malestar y de una presión, en base a una impotencia (no necesariamente una frustración), de ejercer ciertos cambios o, también, porque significa o simboliza. Cualquier tipo de acción colectiva (violenta o no) conlleva un sentido, hay una orientación inmanente inscrita en la acción. Aunque muchas veces no tenga que ser explícito, y el fin no tiene por qué ser algo inmediato o material, puede ser sólo demostrar para “significar” una reivindicación o malestar. O también

puede ocurrir, que con la violencia se busque “re-significar” una movilización en el mismo momento que se efectúa (el paso de una movilización pacífica a una protesta más directa y confrontacional, por ejemplo). Por lo demás –y esto es algo bien conocido–, que los que ejercen presión con base en la violencia callejera siempre corresponde a una minoría (Fernández, 2013). Con lo anteriormente dicho no se desea justificar la violencia en las calles, sino que la intención es dejar evidenciado que la violencia no se comprende por sí misma, que responde a orientaciones cognitivas, prácticas propias del movimiento y a sectores estudiantiles muy específicos.

Ahora bien, para los que ejercen este tipo de acciones es algo natural y hasta justificable de que sea de esta forma, ya que en la medida en que se vive en el contexto de un modelo económico y político que precariza y oprime, la respuesta violenta resulta legítima. Lo que no es natural es que se realice un acto cultural, es decir, que se presenten grupos musicales, que sermoneen los dirigentes a las masas. Es algo que se escucha a menudo por parte de estos “encapuchados”: “no se viene a un festival, se viene a una protesta...”. Por ejemplo, tal como lo indica un artículo de una conocida página de internet de corte libertario (hommodolars.org), a propósito de acusaciones por parte de medios y dirigentes estudiantiles de infiltración policial en las marchas rotulándolos como responsables de desórdenes en las concentraciones:

*“Me atrevo a decir que acá no existen infiltrados, todos los sujetos que se manifiestan a través de cualquier medio contra el actual sistema de educación chileno son origen y producto del mismo” (...)*  
*“hoy en Chile, bajo las condiciones que imperan hay motivos de sobra para manifestarse con todos los medios posibles. La rabia, la impotencia, la exclusión no pueden canalizarse sólo a través de “carnavales culturales” o de protestas festivas, pues el impulso natural de la frustración no está maquillado de payaso ni adornado con globos y serpentinas” (Larrevuelta, 2011)*

Siguiendo a Pierre Bourdieu (2007: 86), son prácticas y *habitus*, distintos y distintivos, que no tienen por qué corresponderse, hasta el punto de la violencia como recurso, ya sea por parte de algunos estudiantes o por la política oficial. Es, agregando a este punto, la negatividad del otro en su máxima expresión, práctica y concreta. Tal como lo señala Bourdieu:

*“la relación entre las posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (o los habitus) y las tomas de posición, las “elecciones” que los agentes sociales llevan a cabo en los ámbitos más diferentes de la práctica” (...)* “lo que comúnmente se suele llamar distinción, es decir una calidad determinada,

*casi siempre considerada como innata” (...) “de hecho no es más que diferencia, desviación, rasgo distintivo, en pocas palabras, propiedad relacional que tan sólo existe en y a través de la relación con otras propiedades” (Bourdieu, 1999: 16)*

Tal relacionalidad, en este caso, tiene su correlato en el orden de lo violento – evidentemente, pueden haber otros y coexistir o tensionarse entre sí. Lo interesante, por lo demás, es que a cada uno de estos polos le es “natural”, les hace sentido lo que acontece. Para algunos es sensato que bajo cierta impotencia respecto a la imposibilidad del cumplimiento de la demanda, el ejercicio de la violencia sea legítimo; para otros es válido, sensato y hasta evidente que tengan que reprimir si es que destruyen la propiedad pública. Del porqué acontece esto y por qué no de otra forma, es porque la violencia callejera también se “relaciona” con la violencia institucional. Una y otra son consustanciales a la vez que radicalmente diferentes y diferenciadoras. Así, Eduardo González Calleja nos señala la importancia de la violencia como “recurso” en un proceso sintomático de malestar social en que se relacionan contendientes en vistas a ciertas transformaciones sociales:

*“La violencia es un recurso disponible dentro del arsenal de acciones de que disponen los contendientes en un proceso conflictual para frenar, acelerar o precipitar el cambio social y político. Es una de las posibles salidas que un grupo social puede dar a un conflicto, y tiende a aparecer cuando esa polarización de intereses se hace tan aguda que no existe ninguna otra alternativa que evite la presencia de la fuerza” (Calleja, 2000: 174)*

La violencia como recurso en un *topos* relacional, conflicto de intereses y el carácter sintomático de la fuerza, son elementos cruciales que nos conectan con los límites del modelo económico y político. En este mismo sentido, se indicó una idea de forma bastante escueta pero que se debe profundizar: la impotencia que se expresa en la violencia. Alain Touraine ofrece elementos teóricos que nos ayudan a dilucidar este problema. Para este sociólogo la violencia se desprende y es contradictoria con la idea misma de movimiento social y la democracia:

*“lo propio de la democracia es reducir la violencia” (...) “Si la violencia es inevitable, es porque una sociedad que se encerrara en sus negociaciones internas quedaría prontamente paralizada por la búsqueda de compromisos que la ausencia de coacciones exteriores haría imposible encontrar. A la inversa, el enfrentamiento directo entre la violencia de los dominadores y la de los dominados, aun cuando resulte en compromisos y treguas, destruye la democracia pero también a los mismos*



*movimientos sociales, al encerrarlos en una estrategia que les impone rechazar toda referencia al bien común” (Touraine, 2006: 90)*

La cita es realmente ilustradora, la astucia y la agilidad teórica de Touraine para abordar este tema, y además, por lo que se deriva de lo expuesto. Por lo menos tres cosas nos dice Touraine a propósito de la violencia y que nos sirven como reflexión para el movimiento social por la educación en su conjunto (no sólo la violencia). Primero: que la violencia es destructora de la democracia y de los movimientos; segundo: de que un movimiento que se encierre en sí mismo no tomando en consideración las instancias negociadoras exteriores (el gobierno) no sólo no llevaría al movimiento a poder realizar y efectivizar su demanda, ya que además lo autoincapacitaría y lo autoparalizaría; y tercero: a pesar de que podrían encontrarse movimientos y entidades institucionales en un piso de negociación, el que sale perdiendo es el movimiento mismo, si es que esta lucha implica la violencia como recurso, en la medida en que no existe referencia común que aúne a movimientos y gobierno. Tomando el caso chileno del movimiento estudiantil podemos hacer alusión a lo primero, ¿De qué democracia estamos hablando específicamente? y ¿Cuáles son los límites institucionales que tiene?; desde el segundo punto, y que se conecta con el primero, ¿Qué es lo que hace que un movimiento se encierre en sí mismo y no intente buscar instancias negociadoras y que, en consecuencia, se utilice la violencia?; y tercero, más allá de la violencia, ¿Por qué es tan difícil poder buscar un punto en común entre gobierno y movimiento? Aquí evidentemente se complica más el tratamiento del problema del movimiento social de los estudiantes, en el cual la violencia más bien sería un “efecto” del ordenamiento político institucional del gobierno y no, necesariamente, algo “inherente” al movimiento, por el contrario, es una práctica elementalmente “relacional” (Bourdieu, 1999).

La forma en cómo está investido el aparataje estatal es la Constitución misma. Constitución impuesta durante la Dictadura y que se convierte en un amarre de cambios profundos en el país, como es la educación. A pesar de sus reformas, esta Constitución Política, por un lado, se encuentra avalada por una forma de elecciones donde se propician las grandes alianzas consensuales en dos polos (el famoso sistema electoral binominal), y, asimismo, encadena la posibilidad de cambios determinados a *quórum*s donde la mayoría es casi imposible. Por otro, se abre la puerta institucional para que determinadas esferas del mundo social se encuentren desprotegidas respecto a ciertos derechos básicos, lo que ha llevado a una apertura del sector privado para que pueda usufructuar de los espacios y derechos sociales de los que antes se hacía cargo el Estado. De esta forma, existe una relación,

no sin tensiones, entre modelo de desarrollo neoliberal y modelo político democrático. Efectivamente estamos hablando de una democracia restringida y limitada en su ejercicio, donde difícilmente se puedan lograr cambios o transformaciones profundas que podría exigir cualquier movimiento -no sólo el estudiantil.

Es exactamente a esto lo que apunta Touraine, a propósito de los límites de lo político y de las demandas sociales, en tanto que si el sistema político se encuentra ya limitado, las demandas y reclamos no encuentran cabida en un espacio de negociación común. Interesantemente, y con esto nos distanciamos de Touraine, es de su optimismo en la posibilidad de encuentro entre movimientos y gobierno. Esto queda clarificado cuando plantea el tema de la representatividad de las demandas del movimiento y el juego político: *“esta representatividad supone también que las mismas demandas sociales se pretendan “representables”, es decir que acepten las reglas del juego político y la decisión de la mayoría”* (Touraine, 2006: 87). Aunque, puede ocurrir, que las demandas del movimiento social no se puedan representar propiamente tal porque el sistema político limita la representatividad de la demanda. Para el autor los movimientos limitados por el poder no son movimientos sociales efectivos, ya que necesariamente deben de entrar a negociar:

*“Ahora bien, muchas acciones colectivas son de otra naturaleza. Se trata de demandas que no encuentran respuesta en el sistema político, sea porque éste está limitado, paralizado o incluso aplastado por un Estado autoritario, sea porque las reivindicaciones mismas no son negociables y pretenden ser un medio de movilizar fuerzas que apuntan a la caída del orden institucional”* (Touraine, 2006: 87)

Reconoce los límites de lo institucional y de lo estatal, pero de ahí se dirige directamente a criticar a los movimientos tildándolos como no-movimientos, ya sea en la lógica de los límites de lo político o de la movilización para derrocar a un orden institucional. Si bien Touraine es muy seductor e ilustrador respecto de ciertos elementos que constituyen los movimientos sociales, hace falta tratar a los movimientos como se dan en un sistema político real y concreto, no sólo en la teoría. Frente a esto Touraine es en extremo poco riguroso cuando analiza los movimientos, muchas veces da la sensación que confunde un movimiento social teórico con lo que son en realidad, o cuando a partir de ciertas premisas teóricas realiza juicios políticos de lo que es o no un movimiento y la democracia. Frente a esto Bourdieu (2007: 43-49) indicaría que Touraine confunde el modelo con lo que los agentes hacen (el paso del modelo de la realidad a la realidad del modelo), o que intenta imponer ciertas categorías que reducen o que amplían lo que podría hacer un agente en la

realidad (“intelectualcentrismo”). Más aun, podría indicarse de que se trata muchas veces de una sociología de la gobernabilidad de los movimientos que de una sociología de los movimientos sociales, sobre todo cuando señala que los actores y los movimientos deben de tener cabida en el sistema político dando pautas “ideales” democráticas de su equilibrio. Ahora bien, seguiremos con el autor en relación con los movimientos limitados por el orden institucional.

Desde Touraine se aludió a tres premisas orientadoras respecto de los movimientos, y en donde, a pesar de las críticas, son ideas bastante clarificadoras respecto al desenvolvimiento de los mismos. Hablamos ampliamente de los límites del sistema político, encuadre que limita no sólo la capacidad de acción de un gobierno, sino que los límites de posibilidad y libertad de acción de un movimiento, si es que de su demanda se trata: la educación pública, gratuita y de calidad. Comprendiendo de que, a fin de cuentas, si bien hay elementos propios de la “coyuntura” que trazan la geometría política de un momento, la problemática responde a un escollo directamente estructural. O, como también podríamos entenderlo, de cómo en esa “coyuntura singular” se devela la contrariedad de las estructuras políticas y económicas.

El movimiento estudiantil estuvo frenado, además, no sólo por no poder tener un punto en común con el gobierno, sino por la comprensión que se tenía de la educación. Por un lado, era considerada como un “bien de consumo”, una educación mercantilizada en aras de un modelo de desarrollo neoliberal, y por otro, como un derecho consustancial y universal a todo al que quiera acceder a él. En términos generales podríamos decir que se trataba de una forma específica de un objeto en disputa, o de “significante vacío” (Laclau, 2011), donde a partir de un objeto conflictuado se le intentaba inscribir en una u otra “lógica”. Una lógica mercantilizante de lo social (por parte del gobierno de Sebastián Piñera) y otra que oponía una lectura ética y distributiva de los derechos sociales. Sin poder inscribirse, en la medida de que su significado se define por la diferencia y las fijaciones parciales, como algo totalmente cerrado. El significante vacío sobre la educación, recae en una escenario “contingente” que limita cualquier fijación cerrada en sí misma (Laclau, 2011). Empero, respecto a este punto, ni gobierno ni movimiento pudieron colocarse de acuerdo. Lo que trajo consigo la imposibilidad de la negociación y, por tanto, de dar solución a la demanda. Por ende, tanto los límites estructurales que impone el sistema político, así como la discusión constante y la comprensión que se tenía de la educación, acabaron por generar un obstáculo político de tal magnitud que volvió extremadamente dificultoso lograr lo que demandaban

los estudiantes (de hecho, hasta ahora en el 2015 sigue siendo materia de debate). Pero con esto se logró, siguiendo a Touraine, por una parte, que explotaran elementos al interno del movimiento que justificaban (por parte de algunos estudiantes) la violencia callejera, esto es, que se expresa como una impotencia al no poder lograr sus fines u objetivos, y por otro, de que ciertos “sectores” del movimiento se enclaustraran o se ensimismaran planteando otras líneas de acción que apuntaban no a conseguir la demanda, sino que a un proceso de acumulación de fuerzas, dispersando la (frágil y evanescente) unidad que se obtuvo el 2011 (lo que ocurrió posteriormente a aquel año). Este hecho es interesante porque podemos hablar de lo que los dirigentes del movimiento dicen, o por lo menos, de los que arrojan su representatividad, y de la dispersión y heterogeneidad de planteamientos que lo cruzaban.

### **El movimiento social de la educación en Chile: movimiento societal y hegemonía**

Ahora bien, más allá de la “evidencia” de que nos encontramos frente a lo que se denomina, comúnmente, como movimiento social, bien cabe preguntarse sobre la caracterización que adquiere este movimiento, a lo que enfrenta y dirige. Así, seguiremos algunos planteamientos de Touraine respecto del movimiento estudiantil, en referencia a su concepto de “movimientos sociales”. No obstante, se añadirán nociones de otros pensadores (Ernesto Laclau, Sidney Tarrow y Alberto Melucci), y de esta forma, intentar comprender el paso de un movimiento estudiantil a uno que se concibe como movimiento por la educación y, en efecto, lo que implica tal distinción.

Para Touraine (1999) los movimientos sociales contemporáneos están atravesados por un conflicto central que es propio de “nuestras” sociedades: *“el que libra un Sujeto en lucha, por un lado, contra el triunfo del mercados y las técnicas y, por otro, contra unos poderes comunitarios autoritarios”* (Touraine, 1999: 99). De esta forma, los movimientos sociales se conforman alrededor del Sujeto, el cual siempre esta tensión, en tanto que rechaza y afirma a la vez, el imperio del mercado y el comunitarismo autoritario. Siempre en disputa con ellos, tensionado y jaloneado por estas dos esferas, rechaza la mercantilización de la vida y el enclaustramiento en la comunidad, y, sin embargo, afirmando la producción y la cultura. Mercado y comunidad, dos esferas separadas cada vez más una de la otra y que, no obstante, encuentran un punto de confluencia común: la subsunción de los actores a sus preceptos y órdenes. Así, mercado y comunidad se concretan en la vida social bajo formas particulares y generales de dominación social, los cuales emplean tales esferas para poder sujetar o dominar al Sujeto. El movimiento que responde a esta idea de Sujeto es la que encuentra su expresión en los “movimientos sociales”:

*“La noción de movimiento social” (...) “permite poner en evidencia la existencia de un tipo muy específico de acción colectiva, aquel por el cual una categoría social, siempre particular, pone en cuestión una forma de dominación social, a la vez particular y general, e invoca contra ellos valores, orientaciones generales de la sociedad que comparte con su adversario para privarlo de tal modo de legitimidad” (...) “pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y modelos culturales”* (Touraine, 1999: 99-100)

Touraine al desarrollar su concepto de movimiento social y de Sujeto agrega un elemento realmente clarificador al despliegue concreto de los movimientos sociales, el cual hace alusión a la fragilidad de los mismos. El Sujeto se encuentra insistentemente asediado por el mercado y la comunidad, elemento que establece un punto de autonomía del Sujeto en la medida que se trata de él tal impugnación, y al mismo tiempo, de poder reencontrarlas. Una fragilidad que se profundiza, además, por la autonomía de los actores al no acompañarse de “metarrelatos” totalizantes que lo empujan hacia la necesidad histórica, como lo son los partidos políticos y las vanguardias dirigentes. La constitución del Sujeto, que es consustancial al movimiento social, al afirmar su autonomía se presenta como un Sujeto frágil. Fragilidad que se presenta no sólo con lo que asedia al Sujeto, sino que por su constitución misma, al interior del movimiento: *“un movimiento societal es un conjunto cambiante de debates, tensiones y desgarramientos internos; esta tironeado entre la expresión de la base y los proyectos políticos de los dirigentes”* (Touraine, 1999). Lo que gana el Sujeto y el movimiento societal es la autonomía de establecer él mismo sus propios proyectos y estrategias. Empero, lo que ha ganado tiene un costo, que es su propia fragilidad. Y es por esta razón que Touraine afirma sobre lo dificultoso de poder avizorar movimientos societales bajo este nuevo conflicto central.

Pasando ahora al análisis del movimiento estudiantil chileno, hay que visualizar si se corresponde con la noción de movimiento societal. El movimiento estudiantil desvelo un conflicto latente, no solamente “crearon” uno, es decir de que si bien el movimiento social estalla en el 2011, en pleno gobierno de Sebastián Piñera, simultáneamente, este movimiento estuvo aparejado a explosiones sociales regionales (como el conflicto en Magallanes y Aysén, en el sur de Chile), movilizaciones de corte ecologista y la situación del pueblo mapuche en el sur. Aquí podemos hacer alusión a la noción de “estructuras de oportunidades políticas” que desarrolla Sidney Tarrow (2004: 49), en el sentido de que si un gobierno insistentemente impugnado, con movimientos y explosiones, se vuelve vulnerable, momento idóneo para aprovechar y asestar un golpe decisivo al gobierno de turno y así demostrar y hacer patente

la demanda. No obstante, no podemos reducir al movimiento a lo que fue el 2011, ya que aún sus réplicas se hacen sentir –presente en el debate político y el proceso de reformas educativas, en la instalación de actores y los actuales llamamientos a acciones colectivas. En efecto, el movimiento goza de una historicidad propia de los estudiantes y las acciones colectivas, inscribiéndose en acontecimientos tales como el “Mochilazo” en el 2003 y la “Revolución pingüina” del 2006. Haciendo mención a Alberto Melucci (1999: 73-74), existen dos niveles de análisis que están relacionados con las dinámicas movimientales. Por un lado, la “visibilidad” de los movimientos, lo manifiesto y la acción colectiva como “signo” (en la medida de que hace patente un malestar o problemática social), y por otro, la “latencia” de los movimientos, efectivamente, lo que subyace a lo visible, las redes y las organizaciones que mantienen con vida al movimiento en los momentos en que estos parecen pasivos o sin demostración de su existencia. Estos elementos precedentes constituyen la base histórica de un movimiento que se gestaba desde hace más de 10 años. Haciendo este alcance estamos indicando también de que el movimiento estudiantil no era y nunca fue sólo un movimiento universitario (a pesar de su protagonismo), ya que este se imbricaba siempre con los secundarios. Dos niveles distintos, en el que uno se corresponde con otro, tanto en lo que afirman, niegan y pugnan. Esta unidad en tensión siempre ha estado presente en el movimiento estudiantil, y que se reveló con más claridad durante los años 2011 y 2012, en las diferencias políticas y estratégicas, de acciones colectivas y convocatorias a movilización, entre el Confech, la Anes y la Cones (organismos aglutinadores de los estudiantes universitarios y secundarios). Sin embargo, esto es indicativo de lo que Touraine (1999: 104) plantea de los movimientos societales respecto a su fragilidad. Inestabilidad que no sólo se presentaba entre estos organismos, sino que al interno de tales organizaciones, en sus universidades y liceos. En un tira y afloja entre dirigentes y base, donde los dirigentes oficiales reñían por llevar al movimiento en una dirección y la base en otra, entre distintos y disímiles proyectos educativos alternativos y su financiamiento. Conjuntamente, esto no quiere decir que el movimiento se haya fragmentado por estas situaciones, ya que existía, de hecho, unidad parcial en pos de los objetivos centrales del movimiento: la educación pública, gratuita y de calidad.

Al mismo tiempo, el movimiento estudiantil no se dirigió directamente contra el gobierno, lo que correspondería, más bien, a lo que Touraine (1999: 115-116) denomina como movimientos históricos. El gobierno de turno en el 2011, el del empresario Sebastián Piñera, no era el enemigo principal. Donde si bien este si era blanco de críticas y de las demandas de los estudiantes, nunca fue el objetivo derribar el gobierno (aunque si el cambio

de ministro, en medio de álgidas protestas, se presentó como una victoria del movimiento). Su objetivo estaba más bien dirigido a impugnar y criticar una forma de modelo educacional mercantilizado; por ende, también reveló un modelo desarrollo económico neoliberal que subsumía un bien común y derecho social en la esfera privada, y de una forma política, una forma-Estado, que avalaba y respaldaba el usufructo de los derechos sociales por parte de sectores privados. Por tanto, el conflicto central se corresponde cuando menos parcialmente con el planteamiento de Touraine (el conflicto no cruzaba por lo comunitario, pero sí por lo cultural), en el sentido de que se rechaza el mercado y su mano invisible dentro de los bienes sociales. Resaltaba un modelo, no sólo económico, sino que también cultural (naturalizado) de la educación como algo transable y comerciable en el mercado. El movimiento, desde esta perspectiva, se erigía y levantaba como una crítica al modelo económico, pero también a la cultura que lo defendía y lo presentaba como algo consustancial a la vida social. Es decir, de que el movimiento estudiantil se realizó como un movimiento ético, donde oponía valores distintos a lo que el neoliberalismo se cimenta. El movimiento estudiantil, a partir de un objeto común -la educación-, en consecuencia, no sólo se oponía a un gobierno, lo hacía contra un modelo de sociedad. Y esto es lo que define claramente Touraine a propósito de los movimientos sociales y el Sujeto.

Ahora bien, Touraine nos ofrece elementos teóricos interesantes para poder visualizar y comprender lo que es un movimiento social. No obstante, faltan elementos que den cuenta de por qué este movimiento estudiantil aunó a tantos actores sociales alrededor de él y del porque logro presentarse como movimiento educacional, reflejando una amplitud social y política diversa. Para abordar este punto, haremos algunos alcances teóricos que presenta Ernesto Laclau en relación a su concepto de hegemonía que desarrolla en conjunto con pensadores como Gramsci, Lacan y Marx. Categoría, por lo demás, que se distancia en algunos puntos con Touraine.

Laclau en su artículo “Identidad y Hegemonía” hace alusión a un texto de Karl Marx, a la “Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”. La interpretación de Laclau nos plantea que la emancipación es conseguida por parte de un sector parcial de la sociedad civil que alcanza la dominación general; la emancipación es alcanzada no por un sujeto universal, sino que a través de una particularidad que se eleva a la calidad de universal (Laclau, 2011: 52). Por tanto, lo que resulta llamativo de la lectura de Laclau, es que nos lleva tomar atención en el como un sujeto particular puede ser capaz de alcanzar un carácter universalista (hegemónico). Desplaza la mera reivindicación clasista, por decirlo así, y nos

lleva a plantearnos la posibilidad política de que un sujeto no-clasista pueda lograr articulaciones de carácter hegemónico. Esta es la problemática que corresponde a los estudiantes en general. Ahora bien, la posibilidad de cómo opera esta hegemónica articulación se da en un acto de identificación:

*“La razón de aquella identificación es que este sector particular es el que se muestra capaz de derrocar a un estamento percibido como un ‘crimen general’” (...)* *“si el ‘crimen’ es uno general y, sin embargo, sólo un sector o una constelación de sectores particular –antes que el ‘pueblo’ como un todo- es capaz de derrotarlo, esto sólo puede significar que la distribución del poder dentro del polo ‘popular’ es esencialmente desigual”* (Laclau, 2011: 61)

Sin embargo, cualquier formación hegemónica así comprendida, no puede ser un universal por sí mismo. En efecto, lo universal y lo particular se rechazan y se aceptan mutuamente, no existe equivalencia. Esto significa, por lo tanto, la imposibilidad omnímoda de la representación: lo universal no puede ser representado de un modo directo, sino que solamente bajo un “locus” de efectos universalizantes (Laclau, 2011: 63). El objeto elevado a lo universal deviene imposible; en consecuencia, existe la posibilidad, dentro de un campo político contingente, de su desplazamiento. Por ende, los *“medios de representación son: particularidades que, sin dejar de ser particularidades, asumen una función de representación universal. Esto es lo que está en la base de las relaciones hegemónicas”* (Laclau, 2011: 63).

Aquí hayamos una categoría interesante y más abarcativa de lo que es un movimiento social y el problema de su constitución. Desde Touraine podemos extraer la idea de un conflicto central y lo que revela tal conflicto, lo que es un Sujeto y su construcción. Pero falta una base comprensiva de los movimientos cuando estos son capaces de poder articular a otros actores en relación a una demanda. Naturalmente, ¿Por qué el movimiento estudiantil logro hegemonizar a otros actores con base en un reclamo que, de modo directo, no lo pertenece a otros? ¿Qué hizo el movimiento para poder movilizar a otros actores sociales no estrechamente vinculados con la educación? La categoría de hegemonía nos ofrece un alcance a su posible respuesta.

Los estudiantes al revelar un conflicto central también lograron alcanzar, no sólo la impugnación al modelo económico y cultural neoliberal en boga en relación a la educación, ya que se presentaron, ellos mismos, como las “víctimas” de un “crimen general” (Laclau, 2011), como las “víctimas del mercado”. Al ser capaces de poder ser el rostro de este crimen, fue el piso idóneo para erigir un proceso de identificación simbólica para con los estudiantes,



el cual es de que su problemática no sólo comprendía a la educación, sino que a un modo de gestión de la sociedad. La fuerza estudiantil, como categoría particular, no sólo se presentaba contra una forma de dominación particular y general (algo que señala Touraine), sino que este particular intenta elevarse a la categoría de universal logrando aunar a otros actores bajo su alero (con esto se toma distancia de Touraine, y se encuentra apoyatura en Laclau). El hecho de ser la víctima manifiesta de este crimen general permeo, en consecuencia, no solo a esta particularidad; otros actores que relacionados o no con la problemática estudiantil (Colegio de Profesores, la Central Unitaria de Trabajadores, trabajadores públicos y la gente de a pie), observaron que esta era solo una problemática de algo más amplio: el modelo neoliberal y la forma política de Estado que lo protege. Y por esta razón el alcance del movimiento estudiantil resulta tan abarcativo que hasta el día de hoy se concretiza en: el debate educacional; en los límites del sistema político y el sistema electoral binominal; la Constitución Política (en posibles reformas o la Asamblea Constituyente); y en donde las organizaciones estudiantiles se convierten en actores políticos relevantes ante los medios y la opinión pública.

Frente a un movimiento de tales características se comprende, entonces, el por qué lograron hegemonizar a otros actores políticos y sociales. De lo anterior se deriva, por tanto, el hecho transformativo de ser un movimiento estudiantil a uno educacional, de ser un actor particular a ser representantes del malestar de la sociedad. Un malestar que, si bien tenía influencia en las necesidades económicas más sentidas de la población, su mayor fortaleza fue la constitución de un nuevo campo hegemónico (lo que, por un lado, no quiere decir que lo económico no tenga peso, y por otro, de que tal campo hegemónico puede, como se desprende de lo expuesto con Laclau, retroceder). En este sentido, transformaron y disputaron, en un escenario político contingente, la educación como “bien de consumo”, para concebirlo como “derecho social”, logrando una fijación parcial *—point de capiton—* del significativo educación (Laclau, 2011), y con ello, la posibilidad de una apertura, una nueva articulación de la “gramática” de lo político.

## **Bibliografía**

- Bourdieu, P., (2000) *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Segunda edición, España, Taurus.
- Bourdieu, P., (2007) *El sentido práctico*. Primera edición, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI.
- Bourdieu, P., (1999) *Razones Prácticas: sobre la teoría de la acción*. Tercera edición, Barcelona, Anagrama.

Butler, J.; Laclau, E. y Zizek, S., (2011) *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de la Izquierda*. Segunda edición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Calleja, E. G., (2000) “La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las ciencias sociales” en *Arbor*, Vol. 167, número 657. 2012, pp. 153-185.

Durán, C., (2012) “El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno” en *OSAL*. Año XIII, número 31. Mayo 2012, pp. 39-59.

Fernández, J., (2013) “Protesta Social en Chile: acción colectiva y umbrales de impacto de los movimientos estudiantil y mapuche (2006-2011)” en *Acta Científica Congreso Alas Chile* [En Línea]. Chile, disponible en: [http://actacientifica.servicioit.cl/biblioteca/gt/GT20/GT20\\_FernandezLabbe.pdf](http://actacientifica.servicioit.cl/biblioteca/gt/GT20/GT20_FernandezLabbe.pdf)

Garcés, M., (2011) “El movimiento estudiantil en Chile” en *POLIS Política y Cultura* [En Línea] Chile, disponible en: <http://polisfmires.blogspot.com/2011/07/mario-garces-el-movimiento-estudiantil.html> [Accesado el día 16 de julio de 2011]

Garretón, M. A. (2012) *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Segunda reimpresión, Chile, Editorial ARCIS-CLACSO-PROSPAL.

Melucci, A., (1999) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Primera edición, México, Editorial del colegio de México.

Moulian, T (1997) *Chile actual. Anatomía de un mito*. Décimo sexta reimpresión, Chile, Editorial ARCIS-LOM.

Laclau, E. y Mouffe, Ch., (2006) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Segunda edición, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Larrevuelta, L. A., (2011) “La violencia y el movimiento estudiantil: Grietas de un “acuerdo” ciudadano” en *Hommodolars contrainformación* [En Línea]. Chile, disponible en: <http://hommodolars.org/web/spip.php?article4141> [Accesado el día 14 de agosto de 2011]

Lechner, N., (1997) “Condiciones de gobernabilidad democrática en América Latina” en *FLACSO (comp)*, Chile 97. Análisis y Opiniones. Chile, FLACSO.

Mayol, A.; Azócar, C. y Brega C., (2011) “El Clivaje Público/Privado: Horizonte Último del Impacto del Movimiento Estudiantil en Chile 2011” en *Alberto Mayol* [En Línea]. Chile, disponible en: <http://www.albertomayol.cl/wp-content/uploads/2011/11/Articulo-Mayol-Azocar-Brega-Ku%CC%88tral.pdf>

Moyano, C., (2009) “Un acercamiento histórico conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada, 1973-1990” en *Revista Izquierdas* [En Línea]. Número 3. Abril 2009, Universidad de Santiago de Chile, disponible en: [http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2011/07/moyano\\_cristina.pdf](http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2011/07/moyano_cristina.pdf)

Moyano, C., (2012) “Movimiento estudiantil 2011: un ejercicio comprensivo del movimiento social en Chile” en González S. y Montealegre J. (eds.), *Ciudadanía en marcha. Educación superior y movimiento estudiantil 2011: cursos y lecciones de un conflicto*. Santiago de Chile, USACH.

Sulmont, D., (2001) *El sujeto en el corazón de la vida social. Introducción a la sociología de Alain Touraine*. Primera edición, Perú, Fondo Editorial PUCP.

Tarrow, S., (2004) *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y política*. Segunda edición, Madrid, Alianza.

Touraine, A., (1999) *¿Podremos vivir juntos?: Iguales y diferentes*. Segunda reimpresión, Sao Paulo, Fondo de Cultura Económica.

Touraine, A., (2006) *¿Qué es la democracia?*. Tercera reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica.

Urra, J., (2012) “La movilización estudiantil chilena en 2011: una cronología” en *OSAL*. Año XIII, número 31. Mayo 2012, pp. 23-37.